



Abraham Martínez Maldonado, *Ansiá*, 2003, grafito/papel, 50 × 35 cms.

LIBROS

Memoria y palabra en Silvia Pratt.

Reflexiones en torno a *Isla de Luz*

El poema de Silvia Pratt *Isla de luz* se presenta como un extenso y enriquecedor viaje estimulado por una imperiosa necesidad de asir los elusivos enigmas de la experiencia humana a través de la memoria y con la fe puesta en las infinitas posibilidades de la palabra y la poesía.¹ Al inicio, el Caos, y las eternas preguntas humanas:

Caos.

¿Es verdad que entre conjuros
el vacío resurge cada noche?

¿Es verdad que una y otra vez
vuelve a gestarse el mundo
para que nuestros ojos disfruten cada aurora?

1 *Isla de Luz* (Conaculta, México, 2004) es el más reciente libro de Silvia Pratt. En su obra anterior se encuentran los libros de poemas *Encendido espacio* (Instituto Mexiquense de Cultura, Toluca, 2000); *Caldero ciego* (Editorial Praxis, México, 2000); *Crujir de la hojarasca* (UAEM-La Tinta del Alcatraz, Toluca, 2001); *Espiral irrepitible* (Editorial Praxis, México, 2003) y *Trazos* (Tintanueva, México, 2005, "Colección Oscura" Palabra, 38"). En estos poemarios la autora subraya las ambigüedades humanas, el claroscuro, la divinidad y la importancia de la palabra. Tanto en *Caldero ciego* como en *Isla de Luz* ha cultivado el poema largo para abarcar con un tono reflexivo e iterativo, un mayor cúmulo de experiencias humanas. El poema de largo aliento le permite dudar, negar, preguntar y responder múltiples cuestionamientos, una y otra vez, en una estructura en espiral que parece haberse convertido ya en su personal estrategia lírica y que alcanza en *Isla de luz* una afortunada consolidación.

Y estas preguntas son respondidas a lo largo del poema con bellas imágenes y profundas reflexiones: Pratt canta a los ciclos de la vida, a las dualidades, a los claroscuros; sí, afirma la poeta, la existencia del hombre en la tierra es breve, pero también es cierto que todo permanece; sí, la muerte, pero también la vida y, sobre todo, la memoria:

Nada puede borrarse de este mundo.
Cada huella queda tatuada en los senderos,
con punzones se graban en la arcilla
[nuestros nombres.
Rastros de dioses y corceles
en las aguas y en la arena se distinguen
[todavía.
Mnemosínica presencia transita por los aires.
Nada muere para siempre.
Todo reverdece en la memoria:
quizás el germen de la luz
palpita en el reino de los muertos.

Ah, la dualidad perpetua.
Así, al abrigo de Mnemosine, la voz lírica recuerda, y escribe. Se dice que para Homero componer versos era recordar, y esa es, de hecho, la función de la poesía. Mnemosine revela los secretos del pasado, pero también introduce al poeta en los misterios del más allá.² La memoria, la poesía, es el antídoto contra la muerte y el olvido; en efecto, en el descenso órfico a los infiernos, el poeta debe sortear las aguas del Leteo y acudir a la fuente de la Memoria, fuente de inmortalidad (Le Goff, 1991: 146). Si hay poesía, no hay olvido: "Nada puede borrarse de este mundo".

Silvia Pratt ubica su deixis de inmediato: el lugar de la escritura de este libro, la isla de Montreal,³ se transforma en el poema en la isla de luz: la mítica Delos, la isla flotante que fue cuna y madre de Apolo; y en agradecimiento por haberlo cobijado, el dios cubre a Delos de dones y privilegios, entre ellos, quedar sujeta al fondo del mar por cuatro pilares.⁴ Así resiste la isla los golpes de Tetis: las inclemencias y

las tormentas, siempre firme, nunca titubeante. De igual manera resiste la voz lírica: Prometeo encadenado y sufriente:

¿Qué fue de ti, Delos?

¿Alguien podría otra vez sentir la savia de
[tu entraña?

Y escribo desde esta isla,
desde este espacio ajeno,
desde esta roca en la cúspide del mundo.

Prometeico destino me abrasa.
El picotear del buitre me devora lentamente:
cada instante devasta la cuerda de mis días.
Llega la tormenta y el dolor humano es patente; encontramos entonces a la voz lírica sumida en la desesperanza:

Como la bruma más espesa nunca vista,
una cortina saturada de gris
me impide ver más allá del grisáceo cielo.
Ah, la tormenta cayendo sobre mí.
Cuánta pesadumbre despliegan los
[relámpagos.
La soledad desgarrar la entraña de los robles.
Rumor que sofoca.
Brisa y viento se amalgaman.

A pesar de todo, el alma sobrelleva los avatares y, después de todo, queda la esperanza: "Y la pandórica luz jamás sucumbe". Después de la tempestad viene la calma, dulce, clara, nítida:

Sólo un claro reconforta del vacío,
sólo ante la luz escampa el alma.

- 2 Para una puntual elucidación del vínculo entre memoria y poesía, *Cfr.*: Jacques Le Goff, (1991).
- 3 El poema fue escrito de junio a octubre del 2002 en Montreal. La lejanía, la soledad y la experiencia del viaje que marcaron a la autora son también los motivos del poema.
- 4 Cuenta la mitología que Delos era también una isla rodeada de cisnes, el símbolo por antonomasia para simbolistas y modernistas de la belleza, la poesía, el ideal. Apolo mismo simboliza la espléndida superioridad de la belleza. El vínculo Delos-Poesía es evidente.

[...]

Destila claridad el aire.
tanta nitidez me ciega.

Y, sin embargo, a continuación de esta claridad; una nueva desazón, otras preguntas que tienen una recóndita raíz existencial en la que el alma padece una radical zozobra; por eso también la estructura del poema se le aparece al lector como una espiral, redundante y laberíntica:

¿Cómo salir de las tinieblas laberínticas
con la luz que germina en una cueva
si en pleno día los dedálicos senderos
nos entrampan y enredan cual sargazos?

¿Por qué al descubrir la certidumbre
seguimos dando vueltas en el mismo sitio?.

Prevalece la pregunta retórica y se percibe un retorno al Caos, donde, parece, la poeta claudicará, convencida de que es imposible erigirse en nuevo demiurgo, desconfiada de la palabra. La voz lírica se enfrenta al mundo y al Absoluto, y quizás presente que la verdad humana está definida por el constante sufrimiento que culmina en un repliegue interior, en acinesia:

Miente quien diga que no ha estado alguna vez
paralizado por el miedo o por la angustia,
quien afirme que no ha sentido el corazón
como un trozo de mármol.

Metamorfosis de la carne en roca.

No obstante, la actividad creadora continúa; la voz lírica no cae en el tedio sino en un vivir el mundo, a pesar de todo, erguida y firme, presentiendo su final y, por lo tanto, perpetuando su memoria:

Y aquí,
erguida,
aunque un día seré sólo una sombra
que se esfumará de esta isla,
vivo cada instante
*estirando el tiempo hasta la médula*⁵

5 El subrayado es de la autora.

En los momentos en que alumbra la esperanza, la voz lírica se da a la tarea de exorcizar sus demonios y de hacerse cargo de hercúleas encomiendas: poner un alto al pesar, la angustia, el miedo, la nostalgia, las dudas, la melancolía para concluir: "He de sostener en mis manos frágiles el mundo".

Toda experiencia poética genuina comprende un impulso hacia lo Otro, la búsqueda de una alteridad en la que el hombre logre trascender su soledad. En *Isla de luz* está también el otro, el del espejo, la dualidad; a veces cercano, otras con una voz lejana; pero la verdadera afirmación está en el yo, en la palabra propia: "Mi único santuario es la palabra/ Mi voz en un ritual/ confronta los secretos de las musas". Así, Pratt, espectadora de su propio poema, se erige como demiurgo y renace en el poema que la restituye a la existencia. Ahí confluyen, se enfrentan y se disipan todas las dualidades que nacen de la doble vertiente de su actitud, metafísica y humana: vida/muerte, luz/sombra, movimiento/acinesia, lejos/cerca, esperanza/desesperanza. Porque ser alguien que sufre tales ambigüedades es, finalmente, *ser*. Y *estar*, erguida, incólume: "Estoica,/ como estatua,/ me yergo en esta isla,/ soporto la erosión del agua y del viento".

El poema es como una espiral: ondulante, recurrente, como la memoria, como la palabra, va y viene, duda y afirma. Recursos persistentes son la pregunta retórica, la repetición y la anáfora —"Cuando el fuego expira,/ cuando un amor se extingue,/ cuando una voz se diluye entre penumbras..."— que contribuyen a homogeneizar melódicamente la estructura, pero, quizás más importante, a subrayar ciertas significaciones, a insistir en la angustia y en la esperanza humanas, con este discurso iterativo, como la vida misma.

El sentimiento que comunica el poema proviene de una experiencia madura, profundamente humana: la propia existencia, nuestro devenir en el tiempo y el espacio:

Lentos
 mis pasos armonizan
 el rumor de las aguas.
 Y así lentamente
 existo
 mientras el río mi llanto bebe.

El poema inicia en caos y se resuelve en esperanza, en luz; al final, se da la aceptación de la condición humana y la confianza en la permanencia de la memoria y la palabra; siempre desde su isla, la voz lírica afirma: "Aquí volverá a gestarse el mundo./ Aquí los ojos de la aurora lo develarán mañana". Y ahora se entiende el porqué del epígrafe de Hölderlin con el que inicia *Isla de luz*: "Un verano y un otoño más os pido, Poderosas, para que pueda madu-

rar mi canto", tomado del poema "A las parcas". En otros versos de dicho poema, Hölderlin enuncia:

El alma que aquí abajo fue frustrada
 no hallará reposo, ni en el Orco,
 pero si logro plasmar lo más querido
 y sacro entre todo, la poesía,

entonces sonreiré satisfecho a las feroces
 sombras, aunque debiera dejar
 en el umbral mi Voz. Un solo día
 habré vivido como los dioses. Y eso basta.
 (Hölderlin, 1977: 107)

Pratt retoma del poeta alemán la idea de que el poeta, vía la palabra, puede convertirse en "hombre divino" y acceder a la Belleza y a la eternidad. De ahí también que constantemente la voz lírica de *Isla de luz* invoque a diversos númenes: Mnemosine, Prometeo, Hércules o Sísifo, y que, trascendida la invocación, llegue a metamorfosearse en ellos.⁶ La búsqueda, el viaje, es reencuentro. Si bien la vida está llena de oscuridad y desconsuelo el ser humano —en esta dualidad humana/divina— se congratula con la vida y con la poesía —género de índole luminosa— y encuentra la luz. LC



Isla de luz, Silvia Pratt, México, CONACULTA, Col. Práctica Mortal, 2004, 77 p.

Argullol, Rafael (1984), *El héroe y el único. El espíritu trágico del Romanticismo*, Madrid, Taurus.

Hölderlin, Friederich (1997), *Poesía Completa*, Barcelona, Ediciones 29.

Le Goff, Jacques (1991), *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario*, Barcelona Paidós.

6 "El primer hijo de la belleza humana, de la belleza divina, es el arte. En él se rejuvenece y se perpetúa a sí mismo el hombre divino. Quiere sentirse a sí mismo, por eso coloca su belleza frente a sí. Así se dio el hombre a sí mismo sus dioses. Pues al principio el hombre y sus dioses eran una sola cosa, y en ella, desconocida de sí misma, estaba la belleza eterna". (Hölderlin, *Die älteste Systemprogramm*, citado por Argullol, 1984: 63).